



LA GRAN AMENAZA

MIGUEL PELAY OROZCO

DENTRO de la amplia e intrincada red de problemas que confronta actualmente la sociedad vasca no cabe duda de que uno de los más graves es el de la droga.

Hasta hace unos cuantos años la funesta adicción no parecía constituir, al menos en nuestra tierra, un problema importante, capaz de generar mayores perturbaciones morales, sanitarias y sociales. Existía, claro está, el toxicómano, pero se trataba de casos aislados que se daban muy de tarde en tarde y en circunstancias sumamente especiales e infrecuentes. No es éste, ni mucho menos, el problema actual.

Como una marea siniestra y execrable, la droga penetra hoy en todas partes, invadiendo comarcas enteras, países enteros, naciones enteras y continentes enteros. Su promoción es particularmente insidiosa. Siguiendo las modernas técnicas aplicadas en la sociedad de consumo, primeramente se va creando la demanda, el anhelo, la **necesidad**. Un dato muy a tener en cuenta es que la droga elige sus víctimas entre los adolescentes y los jóvenes. Rara vez los **camellos** e intermediarios—la misteriosa mano que rige el negocio de la droga capta previamente a los propios traficantes, a quienes convierte a su vez en adictos—inician en el vicio a personas mayores o formadas. Pero el hecho incontrastable es que el número de jóvenes que recurren al trágico expediente del pinchazo aumenta de día en día y en proporciones alarmantes.

A la droga acuden hoy muchos miles de jóvenes, estimulados por la emoción de la curiosidad, de la desobediencia y de la rebeldía. Se diría que es una actualización del viejo concepto bíblico del pecado. Donde quiera que se halle, el fruto pervertidor del árbol del Bien y del Mal continúa atrayendo con fuerza, fundamentalmente a causa de su propia ilicitud, de su expresa y categórica prohibición. Un personaje femenino de una novela francesa, saboreando un plato delicioso, exclamaba: «¡Qué lástima que esto no sea pecado!».

Pero la maldición, asimismo actualizada, cae también sobre el infractor, de manera terrible e implacable. Esos jóvenes envejecidos, trémulos, angustiados, con las pupilas dilatadas

y los antebrazos repulsivamente acribillados por la reiteración de los jeringatorios, patéticamente indiferentes a todo lo que no se relacione con el «viaje», son como juguetes grotescos e infrahumanos.

Como un signo siniestro y estremecedor, reparemos en la frecuencia con que muchos de estos jóvenes aparecen muertos, encerrados en el retrete de cualquier taberna suburbial. La jeringa que indefectiblemente les acompaña en su sórdida cámara mortuoria, testimonia la sobredosis letal. A decir verdad, puestos a imaginar una muerte horrible es imposible concebir ninguna que le supere en fealdad, en tricidad, en repulsión. Sólo pensar en ella causa escalofrío...

Hace años, viendo cómo el fútbol había postergado en nuestro país a la cultura hasta reducirla a su mínima expresión, en un libro de los más sinceros y apasionados que he escrito a lo largo de mi carrera, me revelaba airadamente contra semejante preterición. Hoy tengo que reconsiderar (por supuesto que provisionalmente, pues sigo creyendo que la cultura es el mayor tesoro a que puede aspirar un pueblo que busque su superación) aquella postura mía. Sucede que incrementar la afición a la lectura y el estudio es empresa difícil, que requiere tiempo, resolución y energía. Y ante el apremiante acoso de la droga, que está destrozando rápidamente a grandes sectores de nuestra juventud, el único antídoto urgente y eficaz que puede oponérsele hoy en Euskadi es el de su secular inclinación por el deporte.

No hay más que reparar en el contraste que ofrecen los muchachos que todavía cultivan en nuestra tierra algún deporte—la pelota, el fútbol, el remo, la natación, el atletismo...—con esos desgraciados jóvenes esclavizados por los estimulantes subrepticios. Aquéllos vienen a ser los vasos de siempre: gente fuerte, sana, alegre, optimista, que gusta de bromear y de reír y de cantar; a éstos se les conoce por su indiferencia y por su tendencia a la inhibición y a la melancolía.

Este problema de la droga es para mí una auténtica obsesión. Tan es así que hace una veintena de años escribí una novela titulada **Choperena el contrabandista**, en la que ya denunciaba crudamente la amenaza que se nos cernía con la propagación de la droga. Pero, ¿qué trascendencia podía tener entonces lo que yo dijera? Uno sabe de sobra que en un país como el nuestro, entre cuyas virtudes (que son muchas y muy loables) no se incluye la de la afición a la lectura, el llamamiento de un escritor oscuro se pierde siempre en el vacío.

A pesar de todo, vuelvo a clamar hoy, esta vez desde las páginas de una revista por la que siento verdadero afecto y cuya aparición anual representa un hito cultural que prestigia y ennoblece al pueblo en que ve la luz. Ha transcurrido el tiempo y el enemigo que acechaba a nuestra juventud no llama ya a la puerta. Está dentro de casa...